

*Palabras del académico doctor Alberto Rodríguez Galán
en representación de la Academia Nacional de Ciencias
de Buenos Aires*

El homenaje que rendimos al doctor Osvaldo Loudet en el marco de las Academias Nacionales es el reconocimiento del país a este prócer del pensamiento por los servicios que le prestó, con el talento, el desprendimiento y la conducta moral de un auténtico arquitecto intelectual de nuestra nacionalidad.

La Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires lo contó entre sus miembros preclaros, y quienes compartimos los diversos y distintos momentos de su vida superior no podemos sino recordar el acierto de las palabras con que lo recibiera en nuestra Corporación el Profesor Doctor Pedro A. Maissa: "...El recipiendario —dijo— es un hombre de ciencia, y además un hombre de letras, aunque la mejor síntesis sería decir que es un médico filósofo"¹. Y lo fue, como lo fue su padre según su propia e idéntica calificación.

La ciencia, para Loudet, debe unir la verdad a la belleza y quien la acomete, contar con corazón y cerebro capaces de auscultar el ritmo de las cosas y traducirlo en leyes armoniosas². Así lo hizo. Como investigador obtiene logros en los que sorprende con sus resultados y la elegancia del estilo de la prosa con que los exterioriza.

Como Claudio Bernard, él también fue exponente fiel

¹ "Anales de la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires", t. VIII, año 1974, p. 154.

² O. LOUDET, *Itinerario. Al Margén del Tiempo*, Ediciones Papiro, Bs. As., 1972, p. 73.

de la verdad científica vertida en formas magistrales. Esta condición que le atribuyera al maestro francés³, la tuvo para sí como un imperativo de su quehacer. En páginas admirables en su *Política del Espíritu* nos habla de la "...lucha sin par para adquirir una nueva verdad o descifrar un enigma"⁴, de la lucha silenciosa en que las ideas se cristalizan o no, y del trabajo intelectual que indistintamente realizan los hombres de ciencia o de letras⁵ en pos de sus distintos y a veces similares objetivos. Cuando Loudet escribe estas páginas, que constituyen un análisis erudito del trabajador del intelecto, trasunta las dos vertientes de su singular personalidad, la del científico, en la que se confunden la paciencia que reclamaba Buffon, con el pensamiento fijo, imperturbable y paciente que señalaba Newton; y las del artista en las que se deja librada —según sus palabras— a las potencias inconscientes del espíritu toda creación intelectual⁶.

Su obra participa de este carácter y coexisten el investigador y el creador, el pensador ávido por la belleza y el hombre de ciencia desvelado por encontrar la verdad. Sabía como Karl Popper que esa verdad era precaria porque la ciencia es falible, y que su modificación ineluctable marca la limitación de nuestra condición humana, pero también sabía, porque era un maestro, que al transmitirse los conocimientos se atizaba la esperanza y —afirmaba— "...el maravilloso mundo de la ciencia puede ser el camino que nos conduzca a la certidumbre de otro mundo que está más allá del alcance de nuestros sentidos"⁷.

En el pensamiento de Pascal el hombre es un débil junco, el más frágil de la naturaleza, pero es un junco pensante, le motiva que el junco deja de ser junco cuando adquiere la conciencia de su facultad de pensar, y si el pensar es oficio de superación —como lo quería Sáenz Hayes—, el esfuerzo que conlleva y el trabajo que demanda es el sabor y el sentido de la vida, ya que vivir para

³ *Itinerario*, ob. cit., p. 73.

⁴ *Política del Espíritu. Maestro y Discípulos*, Bs. As., Librería El Ateneo, 1948, p. 9.

⁵ *Política del Espíritu*, ob. cit., p. 40.

⁶ *Política del Espíritu*, ob. cit., p. 41.

⁷ "Anales de la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas", t. X, 1981, p. 24.

la ciencia es el mejor destino del hombre. Así lo practicó y así descolló.

En plena juventud, en *La Moral de la Ciencia*, al sostener que la idea y el sentimiento regulan la conducta, y que la conciencia moral es interdependiente de la conciencia científica, recuerda el pensamiento de Poincaré: “La verdad científica y la verdad moral no se las puede separar y el que ama la una no puede dejar de amar la otra”⁸. A estos principios, originados en su hogar y en la memoria permanente de su padre, ceñirá desde su iniciación profesional la labor asombrosa que desarrollará en su larga y fecunda existencia; y que motivará con el agradecimiento de sus discípulos y el reconocimiento de sus pares, el mayor elogio que se puede recibir en el atardecer de la vida: “haber sido por sobre todas las cosas un hombre de bien”⁹. Lo fue desde el momento que sintió el llamado de las dos vocaciones que lo alentaban, la del médico para aliviar el dolor de sus semejantes y la del escritor, para contar las vicisitudes de su circunstancia¹⁰.

Médico clínico primero, psicólogo luego, etapas necesarias según su criterio para abordar la psiquiatría, el doctor Loudet asumirá esta disciplina con el rigor, el entusiasmo y el sacrificio en el trabajo que le enseñaron sus grandes maestros Cabred, Güemes y Ayerza, Sussini y Aráoz Alfaro.

En su ensayo sobre Cabred —cuya lectura impacta—, da un testimonio del deber ser del profesional de la psiquiatría—, “El encuentro del médico con el enfermo mental —dirá— es muy distinto al encuentro del médico con el enfermo común. En este caso particular es donde se comprueban los valores intransferibles del binomio médico-enfermo, porque no es posible prescindir de un contacto espiritual directo y de un diálogo profundo que lleva al diagnóstico y al descubrimiento. No hay aparato que pueda sustituir al propio espíritu para penetrar en otro espíritu oscurecido o atribulado. La esencia de lo psíquico está más allá de lo somático y de lo físico-químico. . . Sin embargo, tengamos siempre presente que no hay un enfermo

⁸ *Itinerario*, ob. cit., pp. 19-20.

⁹ “Anales de la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires”, t. VIII, ob. cit., p. 160.

¹⁰ *Itinerario*, ob. cit., p. 173.

exclusivo del espíritu, como no hay un enfermo exclusivo del cuerpo, porque el enfermo es el hombre, el hombre total”¹¹.

Esa realidad cambiante del hombre es, para Loudet —como lo fue para Pascal—, una idea recurrente que encontramos en todos sus escritos; “Las diversas inclinaciones del alma, por que nada de lo que se ofrece al alma es simple, y el alma no se ofrece nunca simple a ningún objeto”, le refirma su fe en ese hombre total a que aludimos y en su mutación que lo enriquece. Piensa también con Pascal que: “. . . el tiempo cura los dolores y las quejillas porque nos cambia, y no se es nunca la misma persona”¹². Por eso dirá: “. . . la ciencia no basta para ejercer nuestro magisterio, el amor no basta para aliviar el sufrimiento. Hay una raíz más honda que explica nuestro deber, nuestra abnegación y algunas veces nuestro sacrificio. Viene de una creencia inmovible que anida en el espíritu humano”¹³.

Esa creencia, esa pasión para abordar el alma de sus semejantes, para mitigar un dolor o para brindar una esperanza, la traduce en artículos, cursos y libros que constituyen en su momento auténticas novedades en su campo. Las lecciones sobre *Semiología psiquiátrica, las constituciones psicopáticas; Psicología y expresión de las emociones; La psicología de los delirios*; para no citar sino algunas, lo convierten en un verdadero maestro de la psiquiatría y en el inspirador en la Facultad de Medicina de un postgrado de esa especialidad, cuyos cursos suscitarán un renovado interés científico.

Pero si hay algo que debemos suponer una verdad es el imperativo de investigar constantemente que tiene el hombre para conocerse a sí mismo¹⁴. Así lo asumió Loudet cuando publica el opúsculo *Qué es la locura*. Juan P. Ramos le escribe: “En sus páginas, que son tesoros de precisión está el cuasi universo del hombre. Usted enseña admirablemente. Es un don que pocos tienen”.

Es cierto, pocos como Loudet fueron tan idóneos en el país, como para efectuar en el campo científico inter-

¹¹ O. LOUDET, *Médicos Argentinos*, Huemul 1966, p. 149.

¹² PASCAL, *Pensamientos II*, 112-122.

¹³ *Itinerario*, ob. cit., p. 154.

¹⁴ JORGE E. COLL, *Política Educativa*, Ed. El Ateneo, 1940, p. 75.

disciplinario un trabajo tan eficaz en realizaciones concretas y tan necesarias para vastos sectores de la comunidad.

El médico, laureado con su tesis *La pasión en el delito* que suscitara los conocidos elogios de Osvaldo Mag-nasco y de Aráoz Alfaro, deviene en el criminólogo más respetado por los maestros del derecho penal de su tiempo; Jorge Eduardo Coll, Eusebio Gómez, José María Paz Anchorena y Juan P. Ramos, en un permanente intercambio científico, acudían a Osvaldo Loudet y encontraban siempre la solución adecuada a los problemas originados en causas en las que actuaban como jueces o abogados, y en las que la evaluación de la personalidad del delincuente era fundamental para la determinación y caracterización del delito.

Al inaugurar el Primer Congreso Latinoamericano de Criminología reunido en Buenos Aires el 25 de julio de 1938, el Ministro Jorge Eduardo Coll afirmó: "La historia de la represión del delito es la historia de la ignorancia en que ha vivido la humanidad".

Para quienes escuchamos discurrir a Coll y Loudet nos era conocida la tesis de nuestro homenajeado sobre los factores que llevan al sujeto a delinquir, que los mismos configuran un fenómeno biológico social, y que esta posición no sólo había sido adoptada por aquel Congreso sino que era el origen de la profunda transformación penitenciaría que Jorge Eduardo Coll realiza como Ministro de Justicia en la década del 40, y que constituyó la demostración clara de cómo los hombres de ciencia con sabiduría y coraje pueden derribar prejuicios y doctrinas anticuadas y posibilitar al país una posición de liderazgo entre las naciones que aceptaban que la prevención y la educación y no el castigo eran el camino para redimir al delincuente y posibilitar su recuperación para la sociedad. Las realizaciones de ese tiempo no son sino la continuación de los trabajos que Osvaldo Loudet iniciara en 1928, al crear en la Penitenciaría Nacional, el Anexo Psiquiátrico del Instituto de Criminología de ese establecimiento y la concreción de los estudios y ponencias presentados en la Sociedad Argentina de Criminología que fundara en 1933. Aún hoy la consulta de los doce volúmenes que integran su publicación sorprenden por su vigencia y el nivel

científico de los médicos y abogados que bajo su presidencia los concretaran.

Pero este médico eminente solía recordar a sus alumnos el imperativo que había recibido de sus maestros: “el de estar al día”. Nunca transigió con el “quedantismo intelectual”. “Las verdades de hoy —decía— tienen una vida relativa y nacen, crecen y desaparecen como las hojas caducas de la mayoría de los árboles”¹⁵.

Sentía el dolor de sus semejantes como propio y los asistía con la compenetración y abnegación del que encontraba en el caso particular la experiencia susceptible de aplicarla en un campo general. Como lo recordara de otros eminentes colegas, “su amor por la humanidad desbordaba el oficio cotidiano para volcarse en la acción, la enseñanza y la investigación”.

Esa enseñanza y las investigaciones siempre renovadas que emprendía, estaban sustentadas en el sentido de servicio para con su país. Lo desvelaban las causas sociales y económicas y la miseria física, psicológica y moral generalmente escondidas en muchos enfermos, o en el proceso biológico de singulares enfermedades. Las analizó desde la prensa y como conferencista y no trepidó en desnudarlas para urgir la adopción de medidas concretas en el campo de la medicina asistencial, o en el de la asistencia social. Tenía para sí que la medicina en la mayoría de los casos era una ciencia conjetural y que lo que ganaba en exactitud podía perderlo en humanidad¹⁶. “No solamente hay que estudiar y comprender a nuestros enfermos, hay que saber amarlos —afirmaba— necesitan de nuestro afecto más que de nuestro recetario”¹⁷.

Tenía la condición que él le atribuyó a Cabred, fue “el médico y el abogado de los alienados. Les dio la libertad prudente y vigilada; les dio el trabajo que fortifica y estimula el espíritu extraviado, y les dio el respeto, la simpatía y el amor que son medicinas milagrosas”¹⁸.

¹⁵ OSVALDO LOUDET, *Más allá de la clínica*, Edic. Losada, 1958, p. 105.

¹⁶ “Anales de la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires”, 1974, t. VIII, p. 161.

¹⁷ OSVALDO LOUDET, *Qué es la locura*, Ed. Columba, Colección Esquemadas, 23, p. 72.

¹⁸ OSVALDO LOUDET, *Médicos Argentinos*, ob. cit., p. 153.

Este maestro que vivió —según su propia confesión— la mayor parte de su actividad médica en los oscuros suburbios de la alienación y del delito, era un hombre con fe y esperanza, enamorado de la belleza, y admirador de los grandes espíritus, que conoció y emuló o que estudió y analizó con el entusiasmo de quien lo hace guiado por una íntima convicción de que al recordar y escribir acerca de sus vidas ejemplares, se temple la propia conducta, se fortalece el carácter y se adquiere ese virtuoso equilibrio que enciende el pensamiento. Sus ensayos sobre colegas ilustres contenidos en sus libros *Más allá de la clínica* y *Médicos argentinos* entre otros, así como su obra laureada *Humanistas y Médicos en el Renacimiento* lo presentan también como uno de esos hombres excepcionales —a los que aludía—, excepcionales no solamente por su ciencia médica sino por su conciencia moral. Solo un humanista como Osvaldo Loudet puede haber sintetizado en su vida la armonía que se desprende de todo su obrar, obrar en el que subyace su permanente vocación de médico en el servicio para con sus semejantes, su condición de hombre de ciencia para con su país, en el maestro de la psiquiatría para con sus discípulos, y el brillante pensador en el filósofo y el escritor.

Ese respeto por la individualidad humana, esa reverencia al hombre en cuanto portador del espíritu, ese culto a los valores morales¹⁹ que Loudet encuentra en la personalidad humanista de Gregorio Marañón, es también la constante de su propia personalidad. Como el maestro español, fue un humanista en el acabado sentido del vocablo. Es el cultor de la flexibilidad y la caridad soberana de las formas y de la originalidad y precisión en la expresión de sus ideas.

Y con la plenitud que sólo irradia la integridad moral, ilumina la inteligencia y temple el carácter, le vimos hasta sus últimos días transcurrir sus circunstancias en el estudio y en el pensar no sin dejar de advertir que sólo así la ciencia le parecía más grande, la verdad más resplandeciente y la vida más bella²⁰.

¹⁹ OSVALDO LOUDET, *Médicos Argentinos*, ob. cit., p. 220.

²⁰ OSVALDO LOUDET, *Política del Espíritu*, ob. cit., p. 123.

Señores:

Se ha dicho que los pueblos que saben vivir el pensamiento de sus grandes hombres triunfan en la eterna lucha que depara el destino humano. Porque así lo creemos y porque así lo sentimos, que esta evocación del maestro Osvaldo Loudet constituya una profesión de fe y un homenaje. Una profesión de fe en el país como la que él alentó a lo largo de su existencia y un homenaje conmovido de sus pares a su ilustre memoria, que perdura entre nosotros y que transmitiremos como un mensaje de los valores superiores de la cultura argentina.